

Dilemas petroleros. Cultura, poder y trabajo en el Golfo de México*

Recientemente, bajo el sello del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, apareció el libro *Dilemas petroleros. Cultura, poder y trabajo en el Golfo de México* de Saúl H. Moreno Andrade. Esta obra constituye una aportación importante para la comprensión de la clase obrera petrolera, en particular, y de los mecanismos y estrategias socio-culturales con que ésta enfrenta los procesos de reestructuración económica y laboral, en general.

Este estudio de caso de la localidad petrolera de Agua Dulce, Veracruz, puede ser visto como la exploración de un microcosmos que nos permite articular los procesos de globalización y su imbricación en los ámbitos de la cultura y de la política regional que los condicionan y les dan forma. No es un trabajo de antropología social en sentido estricto, ni tampoco un estudio de sociología del trabajo o de historia de la clase obrera, sino es, por el contrario, la combinación de diversas perspectivas teórico-metodológicas que nos ayudan a comprender la compleji-

dad del denso y conflictivo paisaje social y laboral.

Y, como el autor señala en la “Introducción”, el trabajo intenta demostrar cómo la cultura tiene un papel fundamental en la estructuración de la relación entre poder y trabajo, y, en un nivel más concreto, exponer cómo operan estas prácticas de cultura política en las localidades petroleras del Golfo de México. Pero también cómo éstas se convierten en uno de los obstáculos principales para consolidar el proceso de transición política hacia prácticas democráticas en esa región.

En uno de los pocos estudios publicados en la década de 1970 que intentan dar cuenta de las formas de vida de la población en la región,¹ la antropóloga Margarita Nolasco describía la situación de esas localidades petroleras así:

La vida diaria es monótona y rutinaria y apenas si se rompe en los fines de semana y en las fiestas populares generalizadas. La participación social de los marginados es mínima [...] La no participación más importante y más significativa se da alrededor de la vida política y sindical [...] de ahí

* Saúl H. Moreno Andrade, *Dilemas petroleros. Cultura, poder y trabajo en el Golfo de México*, CIESAS/Publicaciones de la Casa Chata, México, 2007, 413 pp.

¹ Margarita Nolasco, *Ciudades perdidas de Coatzacoalcos, Minatitlán y Cosoleacaque*, INAH, México, 1979.

que puedan fácilmente ser usados como grupos de presión por otros grupos de presión y siguiendo intereses que les son ajenos; asimismo —concluía la autora— se explica que ellos no sean capaces de constituir un grupo de presión para obtener la solución a sus problemas como ciudadanos, como trabajadores y como precaristas.²

Sin embargo, una aproximación etnohistórica más puntual nos revela una situación mucho más compleja que la expuesta en ese momento. Cómo los procesos de industrialización (principalmente de la petroquímica básica) generaron nuevos procesos identitarios y distintas formas de apropiación del espacio, así como la construcción y articulación de la diferencia entre distintos estilos de vida, percepciones y acciones sociales que reconfiguraron eso que se ha denominado como culturas petroleras, concepto que, entre otras cosas, el autor pone a debate.

En ese sentido, el libro es sugestivo porque propone diversas vías de análisis a la vez que destaca la aparición de nuevos actores sociales y nuevas formas de participación social y de orga-

² *Ibidem*, 124. No obstante, pese a las conclusiones a las que llega —no así por el rigor y la metodología empleada—, este trabajo, junto con *Cuatro ciudades: el proceso de urbanización dependiente* (INAH, México, 1981) de la misma autora, siguen siendo textos imprescindibles para comprender la manera en que estos procesos de reestructuración industrial, urbanización y migración se configuraron y modificaron profundamente el espacio regional.

nización laboral; plantea nuevas preguntas sobre el futuro de esta clase obrera petrolera y describe su desplazamiento de las esferas privilegiadas del poder político municipal y regional.

Estructurado en cinco capítulos, el autor desarrolla en el primero “Una mirada antropológica al mundo petrolero”, perspectiva desde la cual observa los procesos de cambio (la transición política y reestructuración productiva) y los conceptos utilizados: “corporativismo patrimonialista”, “cultura política”, “cultura petrolera” y otros más. En el segundo, “La formación del orden: economía local y tradiciones políticas”, examina —a partir del rescate de la memoria social y de una visión “desde adentro”— el desarrollo de la Sección 22 del Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana (STPRM) de Agua Dulce en tres etapas fundamentales: la heroica (1935-1960), la dinástica (1960-1990) y la de entrega (1990-2000). Aquí, como parte de una estrategia metodológica, el autor propone una periodización y conceptualización basada en las formas en que los mismos actores perciben su propia historia sindical. En el capítulo tercero se analiza la crisis del orden corporativista y tradicional, así como la reconversión de la agencia municipal de Agua Dulce en municipio libre; en el cuarto, destaca la sorpresiva emergencia de un nuevo (des)orden, es decir, la nueva constitución de las relaciones de poder locales entre el munici-

pio, el sindicato y el Estado. En el quinto capítulo, “Fin, incertidumbre y huida. Una etnografía de la devastación”, presenta sus observaciones de campo donde describe cómo los habitantes imaginan los eventos y quehaceres políticos. Es decir, la manera en que los trabajadores conciben las formas de trabajar y relacionarse con la empresa y el sindicato, y los estilos en que las tradiciones familiares, colectivas y políticas conviven con nuevas formas de pensar y sentir. En sus “Conclusiones”, el autor propone volver la mirada a algunos de los valores originarios de la localidad para plantear un proyecto alternativo que permita enfrentar la devastación ocasionada por la ejecución del proyecto neoliberal.

Algo que llama la atención es que, a diferencia de otras ciudades petroleras como Minatitlán o Coatzacoalcos (donde se han desarrollado otras actividades alrededor del sector de servicios y de la actividad comercial), Agua Dulce sigue siendo una localidad petrolera que depende exclusivamente de las actividades de exploración y extracción del hidrocarburo, con una población mayoritariamente petrolera y donde los oficios siguen siendo una tradición y los tabasqueños —aparte de los migrantes zapotecas y jarocho— constituyen un núcleo importante de población dada su ubicación en la frontera con Tabasco.

Ciertamente, esta zona metropolitana (Coatzacoalcos, Minatitlán,

Cosoleacaque, Las Choapas, Ixhuatlán y Nanchital), caracterizada por un anárquico desarrollo urbano, altos índices de contaminación ambiental, precarios niveles de vida signados por la desocupación, el alcoholismo, la prostitución, la corrupción y formas de organización clientelares —particularmente alrededor del sindicato petrolero—, entre otros aspectos, ha sido hasta ahora poco atractiva para la investigación social —en contraposición con la cercana región montañosa de Santa Marta, donde se han hecho estudios sobre el cambio social en las formas de organización indígena—, aun cuando en ella se ubican localidades petroleras como Cosoleacaque, Ixhuatlán de Madero o Moloacán donde perviven núcleos importantes de población indígena que han conservado sus formas de organización tradicionales a pesar de estar inmersos en el mundo laboral e industrial.

De hecho, aún sabemos poco sobre la conformación histórica de esta clase obrera-petrolera; por qué Agua Dulce fue el centro ideológico anarcosindicalista y comunista más importante en los años veinte y treinta, y por qué los principales líderes del movimiento petrolero regional estaban en Agua Dulce.

Otro de los aspectos señalados por el autor, y que también espera un estudio a profundidad, es el papel que jugaron las logias masónicas en la región. La participación de las logias

en la fundación de los sindicatos en la región fue importante y con el tiempo constituyeron y tejieron una vasta red en la región y en todo el país (inclusive con presencia internacional, como, por ejemplo, en Cuba y Puerto Rico). Fueron apoyos invaluable para sus relaciones sindicales y políticas: alcaldes, diputados, líderes sindicales y jueces fueron destacados masones.

De igual manera, las logias contribuyeron al desarrollo local y regional; pero, más que nada, le proporcionaron a la ciudad un contenido material y simbólico, una identidad y un perfil eminentemente urbano que articuló lo global —la industria petrolera y las políticas nacionales de desarrollo— y lo local en un espacio donde se entretreñan elementos de variado contenido simbólico, de la vida cotidiana y laboral, y que estaba atravesado por relaciones interétnicas y culturales. Asimismo, la presencia de las logias fue fundamental en la construcción de una nueva ciudadanía en tanto forma de sociabilidad moderna —donde, por cierto, las mujeres tuvieron una participación significativa—, de nuevas formas de entender la realidad y de un imaginario colectivo con un sentido de futuro.

Otro aspecto que debe ser profundizado es lo que Marie-France Prévôt-Schapira ha llamado la “corporativización del espacio urbano”. Es decir, el control sindical y político que ejercieron las secciones sindicales del STPRM sobre el territorio que abarca cada una

de sus jurisdicciones y que comúnmente corresponden al municipio donde se encuentran ubicadas. La manera en que el sindicato organizó y delimitó las actividades no sólo de los trabajadores sino también los procesos de urbanización e infraestructura urbana para la creación de colonias y fraccionamientos de sus trabajadores, técnicos y especialistas. Así, el municipio se convirtió en una extensión y soporte del poder sindical. Desde luego, otros sindicatos —aunque sin la influencia del STPRM, como el de transportistas, estibadores y otros— tuvieron también cierta influencia en la planeación de colonias y en la construcción de viviendas para sus trabajadores.

Ciertamente el estudio de las culturas petroleras, de los trabajadores petroleros y de las localidades donde se encuentran empresa, sindicato y trabajadores, es relevante para el conocimiento de regiones como el istmo de Tehuantepec. Éste ha sido uno de los espacios tradicionales de estudio de la antropología mexicana para conocer el papel que ha jugado la cultura, objeto de análisis privilegiado de esta disciplina, en la estructuración del poder político; en este caso, además, dentro de una industria estratégica para el desarrollo nacional. Sobre todo si hablamos de una tradición laboral y sindical, social y cultural que les ha permitido a sus habitantes definirse respecto al Estado, a la misma empresa y a otros grupos sociales.

Por ello, es importante ahondar en su pasado, como lo hace de manera modesta e inteligente el libro de Saúl H. Moreno Andrade; pues la modernización no sólo surge de la globalización y la política del Estado, sino que también tiene raíces en las historias urbanas particulares de los grupos y las clases sociales que le dan forma, en su práctica y en sus representaciones imaginarias.

Manuel Uribe Cruz

Instituto Nacional de Antropología
e Historia-Veracruz.

El año de 2007, el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social publicó *Dilemas petroleros. Cultura, poder y trabajo en el Golfo de México*, de Saúl Horacio Moreno Andrade. Se trata de la tesis de Doctorado en Antropología, revisada, corregida y ampliada, que el autor presentó en la Universidad Autónoma Metropolitana, plantel Iztapalapa (UAM-I).

A través de cinco largos capítulos, el autor nos lleva de la mano por la cultura de los obreros petroleros en la población llamada Agua Dulce, en el sur de Veracruz.

En el primer capítulo (luego de una amplia "Introducción"), Moreno Andrade explora las diversas perspectivas teóricas que le sirven de referencia para su estudio. Revisa los conceptos

de poder, dominación, orden, legitimidad, eficacia legitimadora del trabajo, corporativismo, entre otros conceptos. Abreva en la antropología social, la sociología, la ciencia política.

En el segundo capítulo, el autor inicia su largo recorrido, de varias décadas, por la vida y la cultura o culturas obreras generadas en dicho lugar. En este capítulo, titulado precisamente "La formación del orden: economía local y tradiciones políticas", Moreno Andrade examina la creación de la Sección 22 del Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana (STPRM), y su inicio, la llamada "etapa heroica", con el líder Woolrich a la cabeza. Es la etapa de la "honradez", la cual el autor ubica entre 1935 y 1960.

Luego llega la etapa sindical que caracteriza como "dinástica", y que va de 1961 a 1990. Es la etapa que puede ubicarse como la de la dominación de los charros sindicales clásicos, ligados al Partido Revolucionario Institucional (PRI). En esta parte del segundo capítulo, Moreno Andrade analiza las características de los líderes y su vínculo con el "quinismo" (por Joaquín Hernández Galicia, *La Quina*), proyecto político-sindical hegemónico durante todo este periodo en el STPRM.

En éste, como en los demás capítulos, el autor realiza una minuciosa investigación a través de los elementos que conforman la cultura obrera en

Agua Dulce, la cual tiene como eje la explotación del petróleo y la presencia indudable del STPRM en la localidad.

Sin entrar en demasiados detalles, esta etapa, que va de la etapa “heroica” a la “dinástica”, es la de la dominación sindical, una dominación que se basa en la amplia presencia del STPRM en la ciudad e, inclusive, en la región. Un sindicato que maneja las plazas de trabajo, pero que también ocupa espacios en la ciudad. Un sindicato que interviene de manera decidida en la construcción de espacios de socialización en el lugar: parques, gimnasios, cines, escuelas, son construidos por el grupo que poco a poco controla la Sección sindical y el espacio urbano.

Ese grupo que entonces controlaba la sección sindical se nos presenta como un grupo cerrado, con sus reglas propias, con sus “padrinos” y “mamás”, que hacen pensar en una cultura obrera basada en la organización mafiosa. Las logias masónicas juegan aquí un papel central, con su cultura de grupo clandestino, cerrado, que reafirma sus lealtades de diversas maneras —a través de las fiestas, por ejemplo—, al mejor estilo de la mafia italiano-estadounidense, recreado literariamente por el científico social norteamericano Mario Puzo. Desde entonces, la violencia ya es parte de la cultura en el lugar. Se mata por el control de la Sección, hasta por las plazas de trabajo.

Es ésta la etapa que en otros estudios conocemos como la del corporati-

vismo sindical, del charrismo sindical, del control estatal de los sindicatos a través de las dirigencias sindicales, al tiempo que ofrecen beneficios de diversa índole, ni más ni menos que, entre otros, el acceso al trabajo, a la plaza laboral de tiempo completo, la cual, desde entonces, se ve como una propiedad de los trabajadores y del sindicato, e inclusive se hereda de generación en generación.

En el tercer capítulo, el autor explora, de una manera de nuevo sumamente minuciosa, la crisis de ese “orden corporativista y tradicional” que nos expuso en el segundo capítulo. La crisis es compleja. Intervienen en ella diversos actores: la izquierda local, los trabajadores llamados “transitorios” (sin base o plaza de tiempo completo), los jubilados, los jóvenes, la Iglesia, y, sobre todo, el nuevo referente en el cual se convierte el municipio, es decir, el poder municipal.

Son cambios que coinciden con el advenimiento del nuevo Estado, del Estado “neoliberal”, el cual busca acotar, debilitar a los sindicatos, introducir criterios de mejora de la producción, de elevación de la productividad. Moreno Andrade analiza los efectos de este nuevo contexto en Agua Dulce, a escala micro, podríamos decir. Los “transitorios” se movilizan, la Sección pierde fuerza, caen los líderes del periodo corporativo, los Ricárdez, entre otros sucesos.

En el cuarto capítulo el autor relata los efectos de las políticas del nuevo

grupo en el poder encabezado por el presidente Carlos Salinas. Examina estos cambios en el periodo que va de 1990 a, inclusive, el año 2000, es decir, más allá del salinismo.

Son muchos los cambios que llegan: el ascenso de los “neocharros”, más subordinados que nunca al Estado, el declive del PRI local, las elecciones competidas y el ascenso del Partido de la Revolución Democrática (PRD) y del Partido de Acción Nacional (PAN). En suma, lo que el autor llama el nuevo “(des)orden”, la “devastación económica”. Es la etapa de la “entrega” de los derechos y conquistas laborales previos por parte de los “neocharros”. Es la etapa del pluralismo en la ciudad y la región, a costa de la “devastación socioeconómica”.

Al final, en el quinto capítulo, titulado “Fin, incertidumbre y huida. Una etnografía de la devastación”, Moreno Andrade lleva a cabo un recorrido sorprendente por diversos aspectos de la vida cotidiana de Agua Dulce. Más que el último capítulo de esta obra, parecería el inicio de nuevas investigaciones del autor sobre este contexto. Religión, política, sexualidad, adicciones, festividades, migración, familia, relaciones de género, entre otros temas, salidos de su diario de campo, aparecen ante nuestros ojos, como “flashazos” de la cultura local que Moreno Andrade no quiso dejar en el tintero.

¿Qué podemos concluir en esta breve reseña acerca de esta obra? Que estamos

ante una obra que hacía falta sobre la cultura o culturas obreras petroleras a lo largo de varias décadas. Hacía ya tiempo que no se exploraba de esta manera este contexto, desde los trabajos de Fanny Quintal, hace ya dos décadas, y algunos trabajos de sociólogos alejados del método etnográfico (Armando Rendón, de la UAM-I, y Jorge González Rodarte, de la Universidad Nacional Autónoma de México).

Que es ésta una obra compleja, que se mueve entre la antropología política, cultural, urbana, del trabajo; que recurre al método histórico, a la microhistoria, para recrear la cultura o culturas obreras del lugar estudiado.

Que abreva en una suerte de neomarxismo, el planteado por Hugo Zememann, y luego desarrollado por Enrique de la Garza para los estudios del trabajo; que no parte de hipótesis preconcebidas, ni de un solo “marco teórico”. Es, en cambio, un trabajo que se apoya en diversas perspectivas teóricas, que se apoya en la antropología, en la sociología, en la ciencia política, para buscar una explicación compleja de una realidad compleja. Que arriba no a la corroboración de hipótesis, sino a un acercamiento a la realidad que estudia, lo cual le permite al autor la creación de conceptos nuevos sobre las etapas por las que ha pasado la cambiante cultura obrera de estos trabajadores.

Que le permite al autor explicar y explicarnos la cultura obrera como una

cultura subordinada al Estado por un periodo, durante el cual esta clase obrera petrolera se sometió a caciques sindicales con tal de conseguir una plaza, un puesto de trabajo; recibiendo a cambio prebendas de diverso tipo, como ha sido la de heredar la plaza a los parientes más cercanos.

Es decir, una cultura obrera caracterizada por la subordinación al Estado, donde la “subordinación se volvió un modo de vida”, y que explica en gran medida la actual parálisis del sector ante los cambios planteados por la “reforma energética” —mejor dicho, la reforma de Petróleos Mexicanos (Pemex)—, que impulsa el actual gobierno encabezado por Felipe Calderón.

En fin, que estamos ante una obra que nos recuerda que la labor de los científicos del trabajo (sociólogos, antropólogos) puede y debe ser minuciosa, detallista; que implica que el investigador se compenetre en serio y por largos periodos con sus sujetos de estudio; que asimismo nos recuerda que el oficio clásico del antropólogo no ha muerto, sigue vivo, a pesar del auge de la “gran ciencia”, es decir, de la ciencia con grandes financiamientos que el Estado está promoviendo hoy en día.

Es ésta, finalmente, una obra que nos recuerda que la antropología del trabajo forma parte íntegra de la llamada “nueva ciencia del trabajo” (llamada así por Enrique de la Garza hace ya años, a principios de la década de 1990), en México y América Latina.

Desde luego, muchas cuestiones planteadas por el autor pueden ser comentadas y discutidas por la academia interesada en estas cuestiones. A nosotros sólo nos resta, con esta reseña, llamar la atención sobre esta obra, sugerir su lectura cuidadosa, su discusión rigurosa.

Y esperar que en el futuro Saúl H. Moreno Andrade desarrolle al menos uno de los diversos e interesantísimos temas esbozados en su obra, tales como: el estudio a fondo de la religión y sus cambios entre estos obreros; el estado actual de las logias masónicas; volver a analizar la actual cultura laboral de estos obreros, luego de las reformas que Pemex ha tenido y que seguirá teniendo; observar más a fondo la reorganización de la oposición sindical democrática; abordar la cultura de la violencia que ha sido parte de la cultura obrera desde hace décadas, en un estado caracterizado por la violencia desde hace mucho tiempo.

Por lo pronto, podemos estar satisfechos de que los estudios del trabajo académicos (valga la redundancia, pues los verdaderos estudios sobre el trabajo forzosamente son académicos), basados en la investigación directa, en el trabajo de campo de largo aliento, continúan dando buenos frutos.

Sergio Sánchez Díaz
Centro de Investigaciones
y Estudios Superiores en
Antropología Social